

perara, el automóvil de papá ha llegado hace unos momentos con los faros apagados... Debe estar allí escondido, junto a la casita del guardabosque...

Luciano Herreros se estremece ligeramente. Luego balbucea, disimulando su impresión:

—Sí que es eso algo extraño; mas no comprendo...

—¡Vuélvase, Luciano, vuélvase!... —implora aún la nena, dolorosamente agitada por la tos seca e insistente y por los escalofríos de la fiebre, que golpea ahora con fiereza en su pecho y en su cerebro.

—Pero, ¿por qué, Lucita?... ¿Qué tiene de particular que yo venga por aquí a cualquier cosa, a ver a un enfermo...?

—No, no... Si es que yo sabía... Si es que yo... ¡lo sé todo, Luciano!... ¡Qué locos! ¡Qué malos Pilar y usted!—solloza la nena.

No disimula mas el médico.

—¡Oh! ¡Perdón, Lucita!... ¡Perdón, ángel de bondad! —implora con un sincero acento de atrición—. ¡Jamás me perdonaré esta falta! ¡Jamás me perdonaré haberle dado a usted ese disgusto y haberla puesto en este trance!

—Bien, Luciano... Yo guardaré siempre este secreto... Pero ahora, vuélvase... Yo marcharé en seguida al hotel; a ver si no he sido descubierta.

—¿Dejar a usted marchar sola, en estas circunstancias y en el estado en que se encuentra?... ¡Oh, no cometeré ese nuevo crimen! ¡Permítame que la acompañe, se lo suplico! La dejaré próxima al hotel y retornaré en seguida.

Transige la enfermita... Teme ir a morir sola en mitad del camino... Relajada ya la tensión nerviosa y anímica que antes la impulsara, se siente desfallecer... Nota el pecho grandemente oprimido; la tos la martiriza; la cabeza parece ir a estallarle...

Echan a andar emparejados, llevando el médico su caballo por las bridas. Los escalofríos hacen estremecerse frecuentemente a la desdichada nena.

—Acepte usted mi capote, Lucita. Va usted tiritando—ofrece el médico, haciendo ademán de quitarse la prenda.

—No, no; de ningún modo; no podría andar.

—Entonces, ¿querrá usted, al menos, cubrirse con la extremidad de él? Acéjelo, Lucita, si no siente reparo de ir junto a mí. Mire que va a coger una pulmonía.

Siéntese la nena morir... La cabeza le zumba como batida por un interno vendaval. De vez en cuando, un vahido, como una sombra falídica, obscurece instantáneamente su razón. El delirio ronda ya en torno de su mente... Como polluelo enfermo en el ala maternal, refúgiase al fin en el vuelo de protector abrigo...

Una vacilación advertida en el paso de la joven hace decir al médico, con afectuoso interés: